

Alejandro Tapia y Rivera
LA SATANIADA
de CRISÓFILO SARDANÁPALO

Edición de Óscar Ayala

las25villas@hotmail.com

Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 17/03/2021
Número de páginas: 32
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Alejandro Tapia y Rivera

LA SATANIADA
de **CRISÓFILO SARDANÁPALO**

Edición de Óscar Ayala

La sataniada
Grandiosa epopeya dedicada
al «Príncipe de las tinieblas»

INTRODUCCIÓN

Alejandro Tapia y Rivera, el que en España tal vez pudiera pasar por uno de tantos literatos periodistas que convirtieron su sangre en tinta para sobrevivir en aquella recta final del siglo XIX llena de periódicos, revoluciones y tertulias, es considerado no solo el padre de la literatura puertorriqueña, sino el creador de su identidad nacional. Sin duda, si se le puede discutir serlo para la Literatura, no habrá quien le arrebate el título de personaje clave para la historia de su país. Y es que si Ramón Emeterio Betances guió al país a la revolución armada y ulterior independencia de España, fue Alejandro Tapia el responsable de dotarlo de esa identidad añorada en la construcción de las nacionalidades modernas. De hecho, en 1851, un grupo de universitarios organizado por Tapia formó la "Sociedad Recolectora de Documentos Históricos de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico", para rescatar documentos cruciales en la conformación de esa personalidad nacional, y Betances era el investigador de la Sociedad en Francia. Luego escribiría inspirado por los trabajos de Tapia, donde ya subyacía la idea de una nacionalidad puertorriqueña presente en los habitantes de la isla anteriores a la llegada de Colón.

No obstante, lo que nos interesa hoy de Tapia es una composición poética singular (*La sataniada*) que muy posiblemente resultará desconocida para el lector contemporáneo. De hecho, casi toda la poesía de la época, ensombrecida por la brillantez de Bécquer, resulta desconocida para el lector contemporáneo. De hecho, resulta poco creíble que la poesía que se hizo en España en el siglo XIX se limite al genio de Espronceda, la sencilla perfección de Bécquer y la definitiva incorporación a la modernidad literaria de mano de los modernistas, ya rozando el nuevo siglo.

A poco que rasquemos en la bibliografía del momento nos daremos cuenta de que el diablo se puso de moda poco después de mediar el siglo. A las «Letanías a Satán» de Baudelaire o el «Himno a Satán» de Carducci se unió una obsesión demonológica que observamos atravesar la prosa realista de figuras como Galdós y que salta a la literatura conspirativa (Leo Taxil) o a la nueva novela (*Allá lejos* de Huysmans o *Cartas desde la tierra* de Mark Twain). La iconografía dantesca ya ha pasado el filtro romántico, pero el mito fáustico goza de una fuerza renovada como materia simbólica para explicar la entrega del hombre a los nuevos demonios del progreso. En realidad, el refinamiento

decadente encuentra en el motivo un excelente campo de cultivo. En una sociedad que ya ha dado muestras de su perversidad, el burgués romántico que ansiaba libertad, igualdad y fraternidad se ha convertido en una nueva aristocracia. Y el artista decadente, surgido de esa misma burguesía a la que odia, es consciente de que la falta de referencias morales o éticas nos ofrece un juego estético basado en placeres sofisticados, morbosos, escandalosos.

En Tapia y Rivera, que asimiló a la perfección las recetas del drama romántico en sus años en Madrid, mediado el siglo, se hace compatible esa percepción de sociedad en decadencia con su contribución a la consecución de la independencia de su nación. Se ha dicho con frecuencia que el verso no fue su mejor herramienta, a lo cual habría mucho que objetar. En cualquier caso, siempre será mejor dejar que sea el lector quien juzgue y haga balance entre los hallazgos sorprendentes y los ripios inocentes, que de ambos hay muestras sobradas. Y, eso sí, en ortodoxas octavas reales, como corresponde a las grandes narraciones épicas cultas. La *Sataniada* no pretende ser más (y tampoco menos) de lo que parece, es decir, una fresca sátira sociopolítica. Crisófilo, el particular Dante de nuestro poema, tropieza con Lucifer, quien le ofrece riqueza por haberle escuchado. De su mano, viaja al averno, donde el diablo le muestra cómo los popes del liberalismo (Law, Malthus, Smith) han seguido sus enseñanzas. Crisófilo se encapricha de Francesca de Rimini y el diablo le concede disfrutar de sus favores, pero, para más morbo, delante de las narices del mismo Paolo Malatesta. Una vez se ha ocupado de la riqueza y el amor, nos promete ocuparse de la política...

Por nuestra parte, simplemente queda decir que lo hemos pasado estupendamente preparando este texto para una lectura más actual. Nos abstenemos de momento de aventurar juicios, añadir notas o insinuar influencias y parentescos, que tiempo habrá. Ni siquiera al respecto del personaje que inventa para escribir el poema, un tal Crisófilo Sardanápalo, es decir, un amante del oro, por un lado («yo ante el oro también mi ánimo excito / y demando placer y gloria humana»); por otro, un Sardanápalo, es decir, un hombre corrupto, violento, vicioso y decadente, si pensamos en la imagen de él que nos ofrecen Byron, Liszt, Delacroix o Berlioz. Simplemente, leamos, sin pretensiones. Será, sin duda, una divertida media hora.

Óscar Ayala, marzo de 2021

ADVERTENCIA DEL EDITOR

La literatura de nuestro siglo es puramente diabólica o endiablada; rara es la novela, drama o folletín en que no figure el rey del Tártaro.

Acaso por ir con la época se habrá escrito el precioso poema de que se van a mostrar algunos fragmentos.

El poeta que lo compuso fue sin duda un tal Crisófilo Sardanápalo, muy conocido en las regiones del olvido y harto famoso sin duda en su tiempo (el Siglo de Oro), para que el *cornudo monarca del abismo* le concediese su favor, le sirviese de mecenas y hasta le encomendase el canto de su gloria. Es posible que muchos lo conozcan, pero que le nieguen para no aparecer en manera alguna relacionados con cosas del infierno.

Estos fragmentos se encontraron en una caverna de los Andes custodiados por una serpiente que tenía el don de la palabra y que por lo visto debió de ser la del Paraíso. Parece ser que se había entretenido la muy bribona en comerse lo mejor del poema en compañía de algunos tigres y panteras que venían a hacerle la corte en ratos de ocio.

Gran trabajo ha dado al editor el haber de restaurar algunas palabras roídas, lo cual le ha expuesto a interpretaciones extrañas, tratándose de una obra tan antitética y endemoniada.

Las observaciones que se encuentren fuera del texto, respectivamente, deberán entenderse por el lector como dichas *sotto voce* y en el seno de la confianza, pues muy mal habría de pasarlo el editor si fuesen alcanzadas por el diabólico rey y reputadas por él como ofensivas a su majestad imperial. VALE.

Alejandro Tapia y Rivera

Canto I

SUMARIO. El poeta recibe la visita del caballero Lucifer, que se le presenta en traje decente a usanza del siglo XIX. Cariñoso discurso del Príncipe y su simpatía para con el poeta. —Lleva consigo aquel a este a su metrópoli ofreciéndole protección.

Del hombre triste la mortal caída,
la de su yugo redención felice,
canten otros en tónica escogida
que del arpa las cuerdas divinice;
yo contaré una historia no sabida
que de pasmo y terror el vello erice:
lejos de mí la lira; suene el cuerno,
pues canto a Satanás, canto el infierno.

Príncipe augusto de mirar sombrío,
emperador de la infernal caverna,
pues la luz de tus alas te hizo impío
lanzándote a mansión de rabia eterna;
presta tu inspiración al pecho mío
que en tus aras humilde se prosterna
y te amaré, si no como a un hermano,
cuanto pudiere amarte un buen cristiano.

Presta a mi voz también el tono fiero
con que al Sol maldijiste en tu caída
o el dolor del suspiro postrimero
que al cielo consagraste en despedida,
o el llanto con que gimen, lastimero,
tus víctimas la gloria ya perdida;
que en tales tonos modular intento
si es que a ello se presta el instrumento.

Tu pecho por las llamas devorado
y la risa feroz de tu agonía
den a mi voz el eco regalado
y calor a mi ardiente fantasía;
y lo que vi en tu imperio, no anhelado,

volviendo fiel a la memoria mía,
me lleve por la mano en esta historia:
monumento eternal de tu alma gloria.

La noche con su manto tenebroso
en brazos de los sueños dormitaba,
en tanto que del céfiro amoroso
los besos y caricias disfrutaba;
sentado yo en sillón duro y nudoso
que potro del insomnio semejaba,
con la mente sumida en loco empeño
cansame de pensar, rindiome el sueño.

¡Oh, cuán feliz aquel que en lecho blando
se duerme al son de sus talegos graves
sin que la voz del albionés infando
hiera su oído en disonantes claves!
¡Feliz aquel que a realidad tornando
despierta y cuenta los doblones suaves;
en tanto que el que vive desvalido
los cuenta solo cuando está dormido!

La herencia del poeta es el ensueño,
en el soñar tan solo halla ventura,
la cruda realidad con torvo ceño
desvanece el albor de su dulzura;
si entonces, con aquel albor risueño,
no huye la realidad que le tortura,
¿qué mucho pues que el ente de que hablo
su musa celestial consagre al diablo?

Soñaba yo que en la encumbrada cima
de elevada montaña prodigiosa
hallábame asentado; y en la sima
que la altura basaba, caudalosa
corriente audaz saltando por encima
de ríspidos peñascos bulliciosa,
perdíase en un llano amarillento
con sereno y tortuoso movimiento.

Era aquel un desierto cuya arena

que a lo lejos sin fin se prolongaba;
ni al tosco junco, ni a la planta amena
el preciso alimento deparaba;
a mi espalda la atmósfera serena
en encumbrado azul se dilataba
y entre los riscos el raudal naciendo
atronaba los aires con su estruendo.

Formaban la montaña rudas peñas
que eran como de oro, aunque harto duras,
y las tierras del llano cual las breñas
eran también auríferas hechuras,
y del propio metal, según las señas,
era el raudal naciente en las alturas,
ya que en sus giros, vueltas y cascadas
dejaba sus arenas brillantadas.

Era sin duda una región de oro
aquella en que se hallaba mi persona,
cada piedra valiendo allí un tesoro
que pudiera comprar una corona.
Era un Dorado aquel do cada poro
un surtidor aurífero pregona.
Extático me hallaba aún en mi sueño:
¿quién de vencer su asombro fuera dueño?

Queriendo persuadirme, alcé la mano,
tendila en derredor, tomé un pedrusco.
¡Pasmoso relucir, deleite humano!
Lanzele, resonó y al cheque brusco
en más de cien pedazos rodó al llano.
Dichoso parabién; un nuevo Cuzco,
Australia, California, un Potosí,
risueños se mostraban ante mí.

Y aun más esta región es valedora,
en aquellas el oro da quebranto
pues la tierra avarienta y guardadora
cubre el metal con su negruzco manto,
obligando a la gente que allí mora
a comprarlo con ansia y con espanto,

y aquí el hado jugando lisonjero
viene a buscar la mano placentero.

Oro, indispensable oro, no tu nombre
maldecirá injurioso el labio mío,
poderoso aguijón eres del hombre
eres tú la deidad que adora pío;
ya con tu brillo al universo asombre
el humano soberbio desvarío,
ya noble, bienhechor, sublime y santo
te riegue gratitud con dulce llanto.

Tan luego que me vi señor y dueño
de tan loca y espléndida riqueza,
ofreciose a mi mente asaz risueño
un panorama de inmortal belleza;
mas, ¡ay!, que aun en mitad de un grato sueño
la miseria se brinda en su fiereza:
comparé, era forzoso, mi tesoro
con mi habitual penuria y falta de oro.

Con todo, era feliz porque soñaba
pasada ya la desventura horrible
que la carencia de oro me causaba:
el oro, ¡vencedor de lo imposible!
Tantas y cuantas veces suspiraba
sumido en la inacción más insufrible,
sirviendo al pensamiento de barrera
ese metal, dulcísima quimera.

Hoy que en el mundo el infernal becerro
que iracundo Jehová derribó un día
eleva sus altares, con cencerro
invitando a la ciega idolatría,
y el mundo todo en lamentable yerro
dobla en sus aras la rodilla impía,
y el bien ha de morir si no le ayuda
el Dios que en pobres a los ricos muda.

Hoy que hasta el trono del Señor bendito
eleva el hombre la oración profana,

ora pidiendo al Dios de lo infinito
con metálica voz y sed mundana,
yo ante el oro también mi ánimo excito
y demando placer y gloria humana...,
¿qué sirve la virtud en la indigencia?,
¿qué vale sin metal la inteligencia?

Gloria, placeres, de la incierta vida
desvanezcan el tedio y los dolores;
que embriagada de amor, de gozo henchida
discurra como arroyo entre las flores;
que la beldad despótica y querida
coronada de mirtos y de amores
me adormezca en sus brazos y en tal suerte
de sudario me sirva en dulce muerte.

Que el hombre a su pesar la faz humille
ante mi planta altiva y orgullosa;
prosternado ante mí se maraville
adorando mi magia poderosa;
que mi voz ante el caos fúlgida brille
y la noche disipe tenebrosa,
oro y más oro con furor anhelo
y renuncio por siempre al alto cielo¹.

«¡Oro!, sí, lo tendrás» —dijo a mi lado
una voz argentina y muy sonora.
Desperté, alcé los ojos, admirado
de escuchar junto a mí tan a deshora
una voz tan extraña, y vi asombrado
un hombre de presencia encantadora.
Miré al punto y juzgué al desconocido
un cortés caballero asaz cumplido.

Llevaba con donaire el frac airoso,
enlutado calzón, botas lucientes,
rica pechera de labor precioso
do brillaban diamantes esplendentes,
gallardo talle y ademán gracioso,
maneras y actitudes sorprendentes
dando gracia a su porte lisonjero

su traje en lo sencillo harto severo.

A pesar de su edad, fruta madura
en el árbol frondoso de la vida,
la varonil belleza en él fulgura
al ideal sublime parecida;
era su frente de cincel hechura
do inteligencia celestial se anida,
y sus ojos azules y harto bellos
reflejaban radiantes sus destellos.

Cual de Apolo la rubia cabellera
su busto de belleza coronaba
y su mirada ardiente y altanera
tierna y dulce a la vez se dilataba.
En su semblante palidez ligera
cual sombra de pesar se aposentaba,
nube que de infernal melancolía
turbaba de su cielo la alegría.

«Lo tendrás» —repitió, su mano hermosa
poniéndome en el hombro y su mirada
fija en mis ojos, mágica, ardorosa,
con fantástico brillo iluminada.
Mirábale yo fijo... ¡¡Hora penosa!!,
en la suya mi vista embelesada
mirando a mi pesar, magnetizado
y en éxtasis extraño subyugado.

«Yo, Lucifer me llamo» —exclamó luego
aquel hombre-visión—; yo, palpitante
tal nombre al escuchar, con el despego
nacido del terror, en el instante
repulsivo salté; mas con apego
cariñoso hacia mí vino anhelante,
junto a mí se sentó, y lastimera
su historia me contó de esta manera:

«En medio a las regiones venturosas
do reinan celestiales alegrías
donde abundan las flores aromosas,

do lucen siempre deliciosos días,
donde el son de las arpas melodiosas
derrama placenteras armonías,
nací para mi bien, mas desterrado
suspiro de aquel bien tan apartado.

¿A quién que digan mi terrible nombre
logrará penetrar la honda tristeza
que nunca pudo comprender el hombre
pues jamás conoció tanta grandeza?
El eco de mi voz tal vez asombre
al universo entero y con dureza
me maldiga, sin ver que desvalido
mi destino es llorar como nacido.

Al partir de mi Edén idolatrado
traje conmigo, como triste herencia,
de llanto un manantial nunca agotado;
que la grande y suprema inteligencia
me dio por ley el mal, y condenado
a lidiar con la férvida conciencia
hago el mal y lo siento y lo deploro
y es fuego de pesar mi ardiente lloro.

El padre de la luz diome potente,
de ángel excelso las doradas alas,
a mis ojos dio luz resplandeciente
ornome de lo bello con las galas,
fulgorosa diadema dio a mi frente
que deslumbró las inmortales salas;
mas, ¡ay!, dejé mi natural sumiso
y perdí para siempre el paraíso.

Desde entonces el mundo es mi morada
y el mal me cerca, fiero lo prodigo
y en lucha desigual, desenfrenada
hago gimiendo el mal y me maldigo.
¡Cuán triste es maldecir! En la alborada
miro al radiante sol como enemigo,
y en la noche, si brillan las estrellas
las aborrezco más cuanto más bellas.

En ellas solo en ellas quizás mora
el dulce encanto para mí perdido;
de la patria feliz que el alma adora
el recuerdo me traen entristecido;
la deleitosa paz que se atesora
en ellas, ¡ay!, contemplo enfurecido.
Y, ¿por qué no cegar si solo enojos
miran do quiera mis dolientes ojos?

¡Oh mortal, que me temes y motejas!,
perdona al triste que perdió el contento;
tú también de dolor alzas tus quejas
pues perdiste un edén; tu sufrimiento
con maldecirme cruel de ti no alejas;
maldiciones al par demos al viento;
el mal brota también de esa tu mano:
criatura de dolor, eres mi hermano».

Dijo así Lucifer. Y yo, apenado
al pensar que también he recibido
la herencia del dolor, que he suspirado
porque el destino sordo, empedernido
diera a mis ojos el fulgor amado,
«yo —respondí— también he maldecido
y en la prisión de mi penal tristura
me juzgo un Lucifer en desventura».

Lucifer añadió: «Mi simpatía
mereces, oh mortal. Si tu deseo
cifras solo en tener grandeza impía,
pronto estoy a saciar tu devaneo,
ya que amable escuchaste la voz mía
que el hombre aborreció. ¡Pobre pigmeo
es el hombre! Fingiendo detestarme
se prosterna a mis pies para adorarme.

Bastante me ha cantado el Satán-hombre
bajo apodo de príncipes y grandes.
De apodos basta ya; bajo mi nombre
quiero cantado ser. ¿Hasta los Andes

desde el Asia su antípoda, renombre
pudo más alto haber? No el tono ablandes;
asorde de los músicos el coro
tu formidable cuerno y tendrás oro.

Oro quieres, lo habrás; que, ¡vive el cielo!,
pródigo voy a ser, ya que un amigo
logré encontrar en el mundano suelo.
El oro vas a ver; parte conmigo
a la región del inmortal anhelo
donde con oro el sinsabor mitigo;
y si persistes en querer riquezas
los reyes cegarán por tus grandezas».

Canto II

Satán da con el poeta en la gran Diablópolis. Breve descripción de esta ciudad. —Discurso del muy alto y sublime emperador de las tinieblas sobre bellas artes y política en que resplandecen su tolerancia, su amor al orden y su omnímoda sabiduría económica. —Satán y el poeta, sea por sorprender a los infernales o por aquella modestia a que Satán se mostró siempre aficionado, entran en Diablópolis en traje de invisibles y dándola de morlacos.

Sentí que de la tierra me apartaba
y un deliquio a la muerte parecido
mi existencia tenaz paralizaba
aletargando mi vital sentido.
Sin duda Satanás, que me llevaba
en vuelo hasta su hogar desconocido,
velar quiso a mis ojos terrenales
de su *avérnico* imperio los umbrales.

Mas luego, como el sol que de repente
de la nube librándose destella,
sentí al latir del corazón ardiente
mis nervios revivir y grata y bella
la percepción lucir inteligente
y el recordar y comparar con ella;
saliendo del magnético desmayo
electrizome de la vida el rayo.

Halleme con Luzbel en una altura
que se alzaba en mitad de gran desierto.
El cielo es allí triste; no fulgura
del sol brillante luz; vese cubierto
su disco de crespón de nube oscura,
aletargado allí parece muerto;
crepúsculo no más perenne y triste
que de luto y dolor el alma viste.

Mostrome allá el espíritu a lo lejos
de una grande ciudad las altaneras
torres cien que mezclaban sus bermejós
tintes al colorear de mil banderas,

que de un lánguido sol a los reflejos
semejaban penachos y cimera:
ciudad que se anunciaba majestuosa
pareciendo, aunque triste, populosa.

Aquella capital que se engreía
de tan vasto desierto soberana
despertó desde luego el ansia mía
de mirarla de mí menos lejana.
Su nombre adiviné. «Mi monarquía
—expresó Lucifer— allí se ufana:
asiento esa ciudad de mi corona
de llamarse Diablópolis blasona.

En ella reina la progenie clara
de mi celeste y sin igual origen,
mis férreas manos con su furia avara
de ese mi imperio las comarcas rigen;
y al ver que yo a sus quejas vuelvo cara
no quejas, maldiciones me dirigen;
mas, ¿qué importa si envidian mi alma egregia
y obedecen temblando mi ley regia?

Con tal que el orden por doquier se sienta
el orden, que es mi ley, siempre se guarde,
quede dentro las almas la sangrienta
guerra feroz que en el averno arde;
pero todo en silencio: grande cuenta
con que la sedición produzca alarde.
Respétese en mi imperio la ley mía
mi sabia ley moral, la *simetría*.

Y no pienses que yo con inclementes
sañas les prive de ejercer templada
la dulce discusión; ladren ardientes
con tal que no se falte a mi ley dada,
con tal que mi pensar y los agentes
de aquesta augusta voluntad sagrada,
y mis actos pardiez sean respetados,
que discutan y riñan endiablados.

Y a ti propio, mortal, amigo mío,
prohíbo el murmurar de mis intentos.
Son sagrados mis actos y albedrío,
son sagrados mis reales pensamientos;
mi persona inviolable; en torno mío
eslo hasta el aire que me presta alientos:
y si tú murmurases, presuroso
te expulsara de aquí por sedicioso.

Empero no imagines que corderos
puedan ser mis vasallos, a fe mía,
que por lobos, por ser zorros arteros
vinieron a poblar mi monarquía.
Hoy mismo contra mí conspiran fieros
pues su esencia es vivir en la anarquía,
y olvidan, ¡ah!, que si el castigo entablo
se las tendrán que haber con todo el diablo.

Ya admirarás la grave arquitectura
de mi altiva Diablópolis, propicios
a mi real protección, que con usura
les paga sus grandiosos beneficios,
la escuadra y el cincel dieron hechura
por encanto a mis regios edificios.
Yo dirigí las obras, que aunque aspecto
de tal no tenga, soy gran arquitecto.

¿Y podrasme negar que el arte bello
de Cesáreo albañil no presta gloria
a un monarca quizás? Con tal destello
lucen Augusto y otros en la historia
y hoy con mis ejemplos este sello
pretenden otros dar a su memoria
para poder decir: “De gloria brillo,
os dejo mármol lo que hallé ladrillo”.

Verás qué *bulevares*, qué paseos;
todo harto digno de mi gran sapiencia.
Los teatros, las calles, ¡qué pigmeos
vuestros Césares son a mi excelencia!
Todo sale a nivel de mis deseos

porque aquí en mi cerebro todo es ciencia.
Yo fabricara un mundo... ¡Desvarío!,
¿a qué tal pena si ese vuestro es mío?

Lleguemos ya por fin». En el infierno
entramos invisibles mano a mano.
¡Qué extraña multitud! Resuena, cuerno,
y tus sonoros ecos monte y llano
atruenen celebrando el triunfo eterno
del rey de las grandezas soberano.
Vistosa muchedumbre rebullía
y las plazas y calles obstruía.

El estético griego allí el romano
la túnica a la clámide juntaban,
el turbante luciendo mahometano,
el turco y sarraceno se mostraban;
el indio soñador y el inhumano
tártaro al rico persa se mezclaban
y caminaba al par de árabe agreste
el muelle y blando súbdito celeste.

Allí también se vían cual moradores
los que son de la tierra que el buen Gama
costeara por el sur, habitantes;
entre los cuales, si acertó la fama,
sin temer del verano los ardores
de Adán viste el varón de Eva la dama:
víanse por fin América y Europa
formando parte en la tartárea tropa.

[...] Sigue aquí una enojosa e ilegible descripción de pueblos.

Y en efecto mezclábanse traidores
con halagos y afectos, ¡cuán mentidos!,
todos estos Satanes valedores
por el soberbio rey favorecidos;
que Luzbel, manteniendo los rencores
en las patrias del mundo contraídos,
por gobernarlos bien los dividía:
lo propio que en el mundo acontecía.

Grandioso es el infierno por mi vida,
¡qué casas, qué palacios, qué jardines!
[...]

No impera allí lo humilde, enaltecida
imperera esplendidez; que en los confines
del magnífico averno, el todo y parte
se fabrica del diablo por el arte.

Diamantes, oro, mármoles y perlas.
¡Qué riquezas doquier! No intolerable
entre tanto opulento a oscurecerlas
se escurre la pobreza miserable:
riquezas da Satán, y si a perderlas
se llega (protector hartamente mudable).
[...]

Trozo ilegible y es lástima, pues sería curioso saber qué acontece a los poderosos del infierno cuando Satán les arrebatara su favor y su fortuna.

El ocio hidalgo con la noble holganza
dan el tono en magníficos salones.
Las duchas Celestinas venturanza,
vierten en los amantes corazones,
con el rostro velado en acechanza
de *zurcir* acopiando los doblones,
enardecen de amor férvidas teas
en Calixtos y blandas Melibeas.

Ostentábanse aquestas ataviadas
con gracia y con espléndido ropaje
envolviendo sus formas delicadas
en seda, gasa o primoroso encaje;
lozaneábanse muelles reclinadas
en carrozas do el nácar maridaje
formó con el marfil; y mil donceles
arrendaban fantásticos corceles.

Pavimentaban las soberbias vías
esmeraldas, topacios y diamantes

dando el brillar que se negó a los días
en aquellas mansiones contristantes;
ora ofreciendo mil alegorías
o vistosos mosaicos rutilantes.
¡Cuánta infernal escena allí se viera
que por copia del mundo se tuviera!

Ornando las paredes los primores
de magníficos frescos sin iguales;
ostentando relieves y colores
muchedumbre de diáfanos cristales;
las columnas y estatuas y labores
hermoseando palacios sin rivales;
todo entre plata y oro y pedrería
en Diablópolis regia se ofrecía.

Las cornisas, columnas, pavimentos,
las portadas y techos en conjunto
brindaban, ¡oh esplendor!, tales portentos
que parábanse allí de todo punto
los ojos y la voz y pensamientos.
De la escuadra los órdenes asunto
dieron en el morisco y godo y dórico
creación a un orden mixto el *infernórico*.

Juzgué pues a Satán como el más rico
de cuantos en el mundo su oro ostentan.
«Sin duda pensarás que oro fabrico
—me dijo el gran Luzbel—. ¿Acaso cuentan
con que a la vil mecánica me aplico
y la retorta y el crisol consientan
mis manos liberales? Vuestra tierra
todo el metal que necesito encierra.

Y ya te explicaré, oh amigo caro,
mi grandioso sistema de *finanzas*,
pues soy más que Law talento raro;
más que Smith y otros cien que remembranzas
merecen a los pueblos; y al preclaro
mi sin igual Malthus, que en esperanzas
mi mente superó, mi divo aliento

inspiró aquel sublime pensamiento.

¡Oh máxima sapiente, digna solo
de mi numen feliz; hijo querido,
oh Malthus sin rival, a quien Apolo,
el rubio de la lira enardecido,
debiera celebrar de polo a polo!
Tu máxima establece orden debido:
si al mundano banquete llegas tarde
busca amparo en la tumba, ella te guarde».

Sigue aquí una carcomida y borrosa disertación sobre finanzas diabólicas en que expresa Luzbel de dónde saca sus recursos pecuniarios.

Cesó a este punto la infernal arenga,
y a Lucifer siguiendo silencioso
entramos en palacio; al que convenga
en tal punto habitar, venga gustoso...
Yo temblé al traspasar la entrada luenga
que del funesto espíritu grandioso
al mundo me guio; cese este canto:
treguas, lector, a mi infernal espanto.

Canto IV

Arde en fiestas la avérnica morada
al claro resplandor de cien mil teas,
convirtiendo la noche contristada
en las de Olimpo fúlgidas febeas.
De Belcebú la corte entusiasmada
ofrece aspecto vario, las preseas,
los colorines mil y los turbantes
las cotas y cimeras rutilantes.

De las damas el mágico tocado,
las vistosas techumbres y tapices
que las paredes ornan, el brocado,
las alfombras de vívidos matices
hacen aparecer como encantado
aquel lugar; sus huéspedes felices
eran en apariencia, y yo que hablo
contento hubiera estado sin el diablo.

Descripción del traje de este señor, bastante engorrosa por cierto; parece que el poeta agotó aquí todo su caudal de epítetos lisonjeros y laudatorios.

Comienza ya el festín, de la brillante
eufónica sin par orquesta airosa
escúchase el sonar; Beliol triunfante
agita la batuta majestuosa.
Rompe el coro a su vez; noble talante
ostenta Belcebú, con voz melosa
ora piano, ora fuerte o con bravura
da color a la hermosa *tesitura*.

Resonó de la danza el tono grato
y con marcial y airoso continente
formáronse con pompa y aparato
las cuadrillas, encanto de la gente.
Prefirióse aquel baile en que el recato
no ocasiona algún lánguido accidente;

el *padedú* donoso, cuyo aspecto
sienta bien al prohombre circunspecto.

Rompió Luzbel llevando por pareja
a la de *Serpentón*, dama juiciosa
y circunspecta y grave que no deja
que del galán la diestra maliciosa
se deslice jamás; hay quien moteja
que por verla danzar grave y airosa
diola gusto rendido Belcebú,
prefiriendo al *cancan* el *padedú*.

Entre tantas hermosas descollaba
deliciosa beldad con gracia suma;
su mirada cual sol reverberaba
y atenuando en su faz la triste bruma,
de un oculto pesar, dulce argentaba
su tez nevada como el alba espuma
que el mar borda en sus pliegues; parecía
Venus hermosa que del mar salía.

Vosotros, ¡ay!, que despedida tierna
dais a la juventud que os abandona,
y que juzgasteis primavera eterna
aquella edad que la ilusión abona
y en que con cetro de oro nos gobierna
el dulce amor, y el universo entona
en torno nuestro el himno de ventura
y en que todo es encanto y galanura.

Si recordáis de aquesa edad pasada
la grata imprevisión, el abandono
con que en sueños el alma coronada
alzáis a la ilusión egregio trono,
comprenderéis con mente embelesada
de mi pincel el verdadero tono,
y os rendiréis al atractivo grato
de la bella, lectores, de que os trato.

Es Francesca de Rímini, la hermosa
cuya historia, lector, habrás oído,

historia sanguinaria y amorosa
en que esposo feroz cuanto ofendido
con su acero en la diestra criminosa
cortó el lazo nupcial; el pecho herido
en un punto, la esposa y el amante
dejaron de existir en dulce instante.

Y, ¡cuán caro pagaron aquel beso!
Del éxtasis de amor al de la muerte
pasar en solo un ser, ¡oh, qué embeleso!
¡Cuánto dulce pensar y anhelo fuerte,
ay, les condujo al feliz suceso!
Y aquí tu musa, Dante, se despierte
para decir: «Francesca, triste y pío
lamento tu sufrir, tu desvarío».

La pobre lo que tantas hizo al cabo,
con más que la casaron con violencia,
y yo, aunque el adulterio nunca alabo,
no la niego del todo mi indulgencia,
que hay tantas otras que de cabo a rabo
se casan a placer, a su querencia,
y luego... Mas me callo, que aunque cierto
prefiero en la cuestión darme por muerto.

Y basta de diabluras: dominado
por un tierno, afectuoso sentimiento
allegueme a Francesca; apasionado
la expresé mi amoroso pensamiento,
empero al prosternarme entusiasmado
ante tanta beldad, vi descontento
que la ingrata a mi halago se esquivaba
y que altiva mis votos desdeñaba.

Al verme el diablo con semblante triste
la causa me pregunta. «¿La ignoráis
—le repliqué—, Señor, si cuanto existe
con tan divo mirar adivináis?
Repúlsame tenaz, fiera resiste
y me mata el amor que presenciáis».
«Yo haré —dijo el diablo— que al momento

preste alivio amoroso a tu tormento.

Aun cuando sobre ti guardo otras miras,
caro Criso, a quien dones mil reservo,
cediendo al gran afecto que me inspiras,
no quiero que padezcas mal acerbo.
Yo que goces haré, ya que suspiras
por hermosa mujer, que hasta mi siervo
debe ser venturoso, porque vean
que el diablo no es tan malo aunque lo crean.

Esa mujer que ves fue un tiempo muerta
por hombre a quien no amó: si así lo dice
la crónica del mundo, es cosa cierta.
¿Y la habré de culpar porque infelice
fue solo más que otras inexperta?
Si natura en su ley no se desdice,
es propio en la beldad ser voluptuosa
como en la grata flor ser olorosa.

Empero esa beldad triste cediendo
al caprichoso amor, probar gustara
que si a dulces halagos accediendo
fue esposa criminal, fue porque amara
con verdadero amor, así cubriendo
la falta que a la tumba la arrastrara.
Así al que amó, con su cariño eterno,
le sigue siendo fiel en este infierno.

Malatesta, el marido, era harto feo,
y su hermano Paolo era harto hermoso.
Si el mundo la censura un devaneo
la estética la absuelve, que el esposo
aunque en mérito exceda aun al deseo,
¿quién dice que no es niño caprichoso
y ciego Cupido? Tirad la piedra,
hermosas, si lo injusto no os arredra.

¿Cuándo miró el amor las cualidades,
y cuándo no ocultó las del amado
objeto ferocísimas fealdades?

Su crimen fue de estética y realizado
fue lo bello por todas las edades:
Paolo era más bello, y más amado
debió sin duda ser. Mérito calle:
lo exterior no es extraño que avasalle.

Tal es el hombre y tal es ese mundo
que debéis nominar también infierno,
cuando do quiera veis que sin segundo
marcha triunfante el mal, hórrido, eterno,
y levanta su trono furibundo
la locura falaz. Este hondo averno
que ese mundo desdeña en su insolencia
no niega como él su inconsecuencia.

Francesca, pues, pretende con esmero
probarnos que al ceder al tierno encanto
de su liviano amor, fue harto sincero
el culto que rindió, y por lo tanto
cumpliendo mi misión de diablo quiero
(porque toda virtud me pone espanto)
que ella no ostente mujeril jactancia,
ni aun la necia virtud de la constancia.

Que al fin como mujer quiero proceda:
yo ayudaré tus dulces pretensiones
pues anhelo que goces; nada veda
al diablo tan alegres diversiones».
Esto al decir Luzbel con risa leda
volviome por la mano a los salones.
Al verme con el diablo, fascinada
temió ella ser por la imperial mirada.

Tornó la vista esquiva y temerosa...
Fascinador cual ángel esplendente
estaba Lucifer. Ella afanosa
pugnaba por mover su continente;
empero él persistió; con voz melosa
expresola al oído: «Tú, inclemente,
víctima del amor, y la hermosura,
¿desdeñas el amor, bella criatura?

¿Desdeñarás el dulce rendimiento
de aquese corazón que en ti se mira?
Observa, es más hermoso que el que a cruento
martirio te llevó, por ti suspira».
Al escuchar tan seductor acento
más dulce en resonar que blanda lira
sentí en mi ser un movimiento grato,
que pasmo siento aún a su relato.

Al sentir esta plácida influencia
mis ojos levaté, ¡cuán suspendido
debí quedar, lector! (Yo tu indulgencia
por mi fragilidad pido rendido).
Ante espejo de mágica excelencia
vi mi aspecto brillar desconocido:
díole Satán esencia arrobadora
con el encanto de celeste aurora.

Satanás por hacerme deslumbrante
de Francesca al mirar, su galanura
de querub de los cielos rutilante
prestó gustoso a mi viril figura.
Por esquiva que fuese, ¿qué hermosura
no se rinde a un Luzbel tierno y amante?
Ante un hombre cual ángel ataviado,
¿qué rival no se va más que espantado?

El rostro la beldad bajó encendida,
el carmín del pudor tornola en rosa,
delicado perfume de otra vida
que, por ley celestial y misteriosa,
buscando forma a que vivir unida
tomó la de mujer, y, ¡cuán hermosa!
Perfume era su voz, era su aliento,
perfume su mirar, su pensamiento.

Y así como la flor se colorea
cuando la aurora en el oriente asoma,
la miel que el avecilla saborea
guarda en su cáliz y derrama aroma;

así el pudor en ella se recrea,
y en su seno, castísima redoma,
con blando anhelo y virginal decoro
guarda las mieles, del amor tesoro.

Senteme junto a ella adormecido
en sueño de diabólica esperanza.
A hablarla comencé: «De pena herido
escuché vuestra triste malandanza;
de vuestras gracias escuché rendido
la grata descripción, la venturanza
envidiando de aquel rival dichoso
suspiré por morir con vos gozoso.

¡Oh, cómo juzgo al contemplaros ora
que no fábula fuera ni excedidos
los elogios del bien que se atesora
en vuestro hermoso ser! ¡En él prendidos
mis anhelos quedaron, oh señora:
que se miren por vos favorecidos,
y conmigo en arrobos idolatrados
morid segunda vez, sueño adorado!

Que al ver que tal amor a la criatura
era ya criminosa idolatría
el cielo condenó vuestra hermosura
del ídolo de amor en compañía
por siempre a idolatrar; vuestra ternura
ha trocado el infierno en alegría,
en Elíseo de amor, de amor infierno,
infierno celestial, Edén eterno».

Entre pálida y triste y ruborosa
mis ansiosos halagos esquivaba,
¡pérfida seducción!, pero una diosa,
¿no disculpa al mortal? A más, me hallaba
del diablo en la mansión, y no era cosa
infame allí pecar, cuando pecaba
todo un gran Lucifer. ¿Acaso el mundo
en indebido amor no fue fecundo?

Cien veces vino a su rosado labio
la palabra de amores, pero ella
evitando a su honor profundo agravio
y a su acendrado amor púnica mella
(que es de digna mujer como del sabio
el prudente callar) su labio sella.
Yo en mi hechizo diabólico fiado
me aparté y de Satán quedó al cuidado.

*Continúa aquí la descripción de la diabólica fiesta y su trágica terminación
como era de esperarse.*

Terminada la fiesta en tal espanto,
el monarca infernal díjome amable:
«Ven a gozar, oh Criso, del encanto
que una bella te ofrece deleitable.
Pasarémoslo juntos hasta tanto
que el hora suene y vaya formidable
a confundir a súbditos perversos
a mi alto solio y mi poder adversos.

Ser más diablos que yo quieren los bobos,
pero al cabo tendrán su merecido,
cuando debieran ver que si son lobos
el diablo no es un manso desvalido.
¡Infames, darme guerra cuando zobos
están dando a mi imperio desunido
cien contrarios y cien. Mi real clemencia
censuran, sin mirar que esa es mi ciencia!».

Mi noble conductor rico vestía
de Rui Capón, el célebre usurero,
el traje; como él se distinguía
con aspecto y maneras de banquero
[...]

De un palacio suntuoso a la portada,
mi agosto protector y yo llegamos.
«Es de los Malatesta la morada»,
al verlo me expresó. Nos acercamos.
Su llave aplicó Rui. Aunque ferrada

era la enorme puerta, la vadeamos.
La llave de Capón era de oro:
que el oro venza al hierro no es desdoro.

Los conserjes a guisa de cerberos
a quienes bien se regaló la panza,
dormitaban; los pasos forasteros
al percibir mostraron su asechanza.
Rocioles Rui Capón con hechiceros
polvos de oro..., ¡narcótica pujanza!,
tornaron a quedarse los poltrones
tan dormidos cual cerdos comilones.

Llegamos sin estrépito a la alcoba,
templo de la beldad. La camarera,
despierta, se alarmó. Su mente arroba
ante joya brillante y hechicera
que le donó Capón, ¿qué fiera loba
no se vuelve, pardiez, mansa cordera
ante un halago tal? En la suntuosa
estancia entramos de la grata hermosa.

Dormitaba la bella reclinada
en cómodo diván; su rostro hermoso
mostraba muy al vivo retratada
la emoción de un ensueño delicioso
no exento de inquietud; enamorada
el alma me dejó; con cariñoso
ademán, con acento delirante,
un nombre pronunció su labio amante.

Nuestro gran Lucifer expresó: «En tanto
la que al oro ni pompa cedería
rarísima mujer, cedo al encanto
de varonil beldad». No luce el día
con tan vivo de luz radioso manto;
en el espejo que ante mí lucía
como en el baile, vime decorado
cual Lucifer espléndido hermojado.

Contigo sueña, realidad se vea

—añadió— la ilusión que la arrebató.
Como arma incendio la ardorosa tea
así al beso de amor la hoguera grata
incendio es a su vez. La dulce hiblea
de su labio gusté; miel, ¡ay!, que mata:
conmoviose su seno, suspirando
y con dulce sorpresa despertando.

«Soy —exclamé yo— quien más os ama,
y merced a esta mágica quimera
a vuestro lado mi pasión se inflama;
os doy mi corazón mi vida entera.
Hartos esposos hoy venden la llama
de sus Francescas; no la espada fiera
el adúltero seno horrible hiende;
se doran astas y el amor se vende.

¡Infierno sin penar, célico instante!».
La de Rímini entonces me decía
cubierto el rostro de pudor amante:
«Del sueño que mi honor adormecía,
de un ser apasionado y delirante,
así abusar, Señor, no es hidalguía».
Arrellanado don Satán fumaba
y con sorna burlesca nos miraba.

Entonces presentose, de la puerta
en el franco dintel, un caballero.
A la vista del cuadro se despierta
su celoso furor; cual ruge fiero
el tigre amenazante en la desierta
etiópica comarca, al rudo acero
la diestra él aprestó, sangre respira,
sangre a verter en su furor aspira.

¡Pablo! —exclamó la bella con pavora.
¡Él es! —exclamé yo. Capón en tanto
allegose, la intrépida bravura
del celoso a calmar. Con brujo encanto
me dio el ángel de Pablo la figura:
«¿Celos tienes de ti, oh varón santo!»

—díjole Satanás—, y él asombrado
quedó al verme en su imagen transformado.

«Retírate, Paolo, y de tu dama
respetar el blando y amoroso ensueño.
Tu imagen en sus brazos te proclama
de su erótica mente único dueño».
Le dijo así Capón y en roja llama
envolviendo al galán, de aquel empeño
librome el gran monarca del abismo
con su sabio y grandioso magnetismo.

Hechizado quedó cuanto gozoso
el ternísimo amante, convencido
de que hasta en sueño de un Edén glorioso
era él solo anhelado y preferido.
¡Salud, oh gran Luzbel, rey oficioso,
mediador entre amantes y marido!
Ven —me dijo—: «Al amor hemos burlado.
A ocuparnos tornemos del Estado».

Siguen otros cantos, a cual más primoroso, pero su restauración será obra del tiempo a causa de lo dificultoso que la hace el estado carcomido y maltratado del manuscrito original.

FIN